

RESTAURACION DE LA TORRE DE LA CATEDRAL DE OVIEDO

XIX-12-19



La Torre enferma

CARTA DE

Fermín Canella Secades

Cronista provincial y de Oviedo

1911

XIX-12-19

R.30145

Libro 550793

LA
TORRE ENFERMA

carta de

FERMÍN CANELLA SECADES

Cronista provincial y de Oviedo



Precio: 0,25

El producto lo dona su autor á los campaneros de la Catedral

OVIEDO:

Tipografía Uría Hermanos

San Juan, 8

1911



La Torre enferma

A mis paisanos y amigos en los Centros asturianos y Casinos españoles de la Habana, Buenos Aires, Montevideo, México, Chile, Perú, etc.

I

Chachos ¡lo que nos pasa..!
no hay mayor duelo!
Nuestra torre, la hermosa
torre de Oviedo,
con el peso de siglos
está cayendo.
Felices de vosotros
porque estáis lejos
y no veis la agonía
del monumento,
el timbre más glorioso
de nuestro pueblo.
Ví torres en España
y el extranjero
de traza y proporciones
de mucho mérito;
pero, como la nuestra,
no las recuerdo.
Arrogante, atrevida,
se alza al extremo
de la gótica iglesia

de nuestros rezos,
á donde nos llevaron,
de pequñuelos,
nuestras madres piadosas;
¡qué hermosos tiempos!

Muestra para elevarse
rico cimientto,
como la antigua dama
chapín soberbio,
orlado de borduras
lazos y flecos;
porque semeja tanto
suntuoso y regio
el pórtico, á la casa
de Dios ingreso.

Cómo después la torre
levanta el vuelo!
cómo vence á las naves
altas del templo!
cómo enseguida agota,
de trecho en trecho,
primores, maravillas
y atrevimientos
de los que la bordaron
hábiles genios!

Del *rinconcín* amado
presenta el sello
con la cruz alfonsina,
blasón angélico,
que es de los ovetenses
el amuleto.

Las esquinas desnudas

tienen por velo
 haces de cresterías
 á cual más bellos;
 de unos salen los otros
 y van subiendo
 cada vez más gallardos
 y más esbeltos.
 A ojivales ventanas
 parten al medio
 pilaretes airosos
 con arabescos;
 y si extraños influjos
 menguan un cuerpo,
 la gótica hermosura
 renace luego
 con gracia peregrina
 con más denuedo.
 Qué artífices sublimes
 fueron aquellos
 que bordaron en piedra
 joyel tan bello!
 De la torre el remate
 parece un sueño
 con que arroban el alma
 y el pensamiento,
 la inspiración, la vida
 que allí pusieron
 sobrehumanos cinceles
 cerca del cielo;
 parece que trazaron
 con viril estro
 un poema del arte



y un canto á Oviedo.
Cuán lujoso atavío
y aires de imperio
—como augusta señora
de todo el pueblo—
muestra la torre bella
para su término!
Balaustrada ondulante,
que es un portento,
parece la diadema,
y á los extremos
alza torres labradas,
florones regios
de la imperial corona
del monumento,
donde sobre sus cruces,
por San Mateo,
tremolan anunciando,
gracias sin cuento,
las banderolas rojas
del Jubileo.
Elévase solemne,
de ellas en medio,
pirámide, en calado
filigranESCO,
como sutil encaje
tenue y aéreo.
Y en la cima de todo
lo más cimero,
—sobre esferas de bronce
que dan reflejos
en cuanto el sol las besa

con sus destellos—
 toca la Cruz divina,
 de humano anhelo,
 en las puertas azules
 del firmamento.

II

Si el mirar á la torre
 causa embeleso
 tales y más encantos
 tiene por dentro.
 Chachos! cual yo no fuisteis,
 cuando pequeños,
 camaradas y amigos
 del campanero?
 Yo lo fuí muchos años,
 y hoy los recuerdo
 con gozo tal, que casi
 rejuvenezco.

Años fueron felices...
 Rapaz travieso
 con una turba alegre
 de compañeros,
 bóvedas y rincones
 salvadoreños
 nos fueron familiares
 á campo abierto;
 y en templetes, cornisas,
 arcos y aleros
 hicimos equilibrios,

fuerzas y juegos. (a)
 Si en nuestro aprendizaje
 del campaneó,
 el caracol obscuro
 —subido á tientos
 por peldaños gastados
 tantos y estrechos—
 forjaba fantasías
 al pueril miedo...
 pronto, ya veteranos
 con firme arresto,
 cuando de las campanas
 fuimos los dueños,
 cobramos á los bronce
 íntimo afecto
 por su historia, sus lemas,
 el són y el eco.
 La *Wamba*, en el románico
 torreón viejo,
 ya sonaba en el siglo
 décimo tercio;
 de anales de «*Vetusta*»
 sabe por cientos,
 y en orlada cenefa
 dice un letrado:
 —«Soy lengua de la Iglesia,
 »por ella sueno;
 »por el poder de Cristo
 »siempre venciendo;
 »y por las libertades

(a) Los *vándalos* reviven
 en todos tiempos.

»del patrio suelo.»—
 La *Santa Cruz* no envidia
 ser de Toledo,
 y en latinos epígrafes
 dice su empleo:
 —«A Dios ensalzo siempre,
 »convoco al pueblo,
 »congrego al sacerdocio,
 »lloro á los muertos,
 »y, alejando á las pestes,
 »la gente alegre.»—

El *Esquilón* sonoro
 con mote en verso
 de la Virgen María
 se dice siervo.

La *Posa*, más arriba,
 con sones lentos,
 los prevendados llama
 graves y serios
 á vestir las mucetas
 de terciopelo
 para cantar en coro
 salmos y trenos,
 y el oficio de Misa
 divino, incruento.

La *Bárbara* y *Timbales*
 (éstos gemelos)
 con timbres infantiles
 y tonos medios,
 completan el conjunto,
 dulce concierto.

Santa Cruz, Wamba y Bárbara

cantan primero;
de la noche estrellada
rasgan el velo
cuando en carro de rosas
llegan riendo
la aurora con el alba,
cuai mensajeros
del día y de los rojos
rayos de Febo.
En sucesión eterna,
como es el tiempo,
unas y otras campanas
marcan el rezo
de las horas sagradas
en nuestro templo.
Del campanil gracioso
sobre el crucero
á una señal, resuena
con grave estruendo
la *Santa Cruz*, que avisa
divo el momento
que el Pan y Vino sacros
suben al Cielo.
La *Santa Cruz*, al día
parte por medio,
el descanso señala
de los obreros
dando á labor penosa
tregua y sosiego.
Al espirar la tarde
suena de nuevo
en la hora poética,

todo misterio,
 del *Angelus*, y el bronce
 va repitiendo:
 — «llena eres de gracia,
 Madre del Verbo.» —

III

Ah! campanas sonoras
 las de mi pueblo!
 ¡qué música más grata,
 sonar más bello,
 hondo, indecible, cuando
 todas á vuelo
 caen sobre la vieja
 ciudad de Oviedo
 con armoniosas voces,
 las ondas y ecos!
 Llenan la copa toda
 del sentimiento
 de cuantos «carbayones»
 oyen ú oyeron
 el hablar de la torre
 que está cayendo.
 Con qué fuerza vibraron!
 cómo rugieron
 en la noche de Mayo
 hace años, ciento,
 semejando alaridos
 de clarín bélico
 mientras gritaban roncos



pueblo y junteros:
 — «A las armas, astures,
 del Deva al Eo!»—

De la torre á la sombra
 renació el reino,
 que admiraron en Londres
 cuando allá fueron
 con el divino Argüelles
 Vega y Toreno.

De la torre á las plantas
 surgió un ejército;
 y el águila del Corso
 vió que era un sueño
 de Covadonga en montes
 poner el «niero.»

La torre de la patria
 siguió el proceso;
 fué faro y atalaya,
 baluarte recio,
 homenaje de triunfos,
 llanto por muertos,
 de tantos, fueron muchos,
 los que cayeron
 de la patria en las aras
 ¡dichosos ellos!

La torre es en Asturias
 un romancero.

El invasor odioso
 quedó suspenso
 ante las gallardías

del monumento; ^(a)
 y de Bonnet decían
 nuestros abuelos
 que miraba la torre
 con embeleso.
 Al contemplarla siempre
 los galos fieros
 en estivales días,
 dulces, espléndidos,
 de admiración y asombro
 se confundieron
 ante tal gentileza
 dorada á fuego
 por los rayos de ocaso
 puros, serenos;
 y, en fondo de violeta,
 brillando excelsos
 líneas, talla, contornos...
 como viviendo,
 De la noche estrellada
 bajo el silencio,
 con alma recogida
 también la vieron.
 A través del calado
 coronamiento
 rayos de blanca luna,
 pasando ledos
 y el titilar brillante
 de los luceros
 parecen engarzados

(a) Como les pasa á todos,
no estando ciegos.



en gigantescos
 rosetones de piedra
 y acantos vueltos.
 Los hijos de las Galias
 enmudecieron...
 La hermosura es victoria
 por dón del Cielo.

IV

Ah! de mis añoranzas
 y mis recuerdos
 en la torre hechicera
 de arte supremo!
 Ah! torre de mi vida,
 cómo te veo!
 ceñida en maderajes
 para un remiendo,
 pues no hay oro en las arcas
 ni fuera arrestos
 para darte los bríos
 que otros te dieron
 en desastres de antaño,
 grandes, tremendos...
 Cuando tus juveniles
 años primeros,
 llegó á tus corredores
 voraz incendio
 que caldeó las piedras
 desde el cimiento.
 Rápido el rayo vino

raudo, siniestro,
que te arrancó boceles
de tu ornamento
dejando en filigranas
los surcos negros,
como deja el agudo
pérfido acero
cuando á traición villana
hiere los cuerpos.

Huracanes rabiosos
te conmovieron
desde abajo hasta arriba
con furor ciego
hasta doblar tus cubos
cayendo al suelo.

A restañar heridas
pronto vinieron,
y á porfía llegaron,
siempre dispuestos,
el augusto Monarca
rico y espléndido;
el ausente Prelado
llorando afectos;
la Junta veneranda
de nuestros fueros;
y con dádivas muchos
los del Concejo
por bandos del Justicia
y el Regimiento.

Hoy... la belleza es arte
y el arte templo;

pero están una y otro
cual prisioneros. ^(a)

V

Dirá algún superhombre,
sectario seco,
que deploro antiguallas,
que ya chocheo,
y se lastime ó burle
de mis lamentos.
El de tantos alardes,
pase por necio.
Hijo soy de mi siglo,
de él no reniego;
conquistó libertades,
fijó el derecho,
rindió honor al trabajo,
levantó á siervos,
y tachó por torcidos
los privilegios;
más también atesoró
del alma dentro
veneración y amores
por siglos viejos
de cuando fuimos grandes,
sabiendo serlo;
y por ley de la historia
siempre entrevero

(a) En lazos de balduque
y expedienteo.

la tradición lejana
 con el progreso.
 Traidor fuera callando
 mis sentimientos
 en mi hogar aprendidos
 honrado y bueno.

 Mi santa madre vive
 —tal dicha tengo
 para llevar mis canas
 con más aliento.—

La hermosa viejecita,
 de paso incierto,
 me llevó á su ventana;
 con dedo trémulo
 señaló los andamios,
 cuerdas y hierros,

de la torre vendajes
 tan agoreros,
 y con honda amargura
 dijo muy quedo:

—«Está la torre enferma?
niñín, qué es ello?» ^(a)

Yo respondí:—«Mi madre,
 no tengas duelo!
 son cuidados y amores
 del arquitecto;
 y verás nuestra torre

(a) Me llama así olvidando
 cuán poco trecho
 media desde sus años
 á los que tengo;
 hijos, son á las madres
 niños eternos.



de corte nuevo
siendo la más hermosa
del universo.»

Se consoló mi madre
con este cuento;
pero yo, al inventarle,
no me consuelo
y por la torre amada
suspiro y tiemblo.

Pachu y Tomás, que ahora
son campaneros, ^(a)
de los «gatos del forno»
con el gracejo

así me preguntaron,
como inquiriendo:
— «Está enferma la torre
qué la daremos?

De ciertas medicinas
sabe el más lego
y dí pronta receta
sin más rodeos:

— «Oro para labrantes
y sus maestros,
»que inspirados prosigan
por el modelo
»de aquellos que bordaron
joyel tan bello,
»para gloria de España

(a) De D. Manuel y Frutos
tienen el puesto,
como lo tuvo Claudio
primero que ellos.

con /prez de Oviedo.
 »No profanen con torpes
 viles remiendos
 »la peregrina torre
 de nuestro ensueño;
 »porque entonces no hay hijo
 de Oviedo neto
 »que no clame ¡anatema!
 por sacrilegio.
 »Salvemos á la torre
 con el esfuerzo
 »de astures, de ovetenses,
 de cuantos dentro
 »del corazón y el alma
 lleven intenso
 »amor á la «tierrina»
 y á sus trofeos.»
 Pachu y Tomás marcharon
 algo perplejos;
 quedé solo en el Claustro,
 dudé como ellos;
 y en desmedrado y triste
 jardín del centro
 un pajarín píaba
 sobre un «lloreo»...

VI

Yo que volé á la torre
 como un vencejo
 y saltaba escalones

cuando el descenso,
 en los pasados días
 ardí en deseos
 de visitar la enferma,
 que tanto quiero.
 Fué mucha mi fatiga
 como el empeño
 de revivir fugaces
 tiempos pretéritos.
 El caracol obscuro,
 subido á tiento,
 fué camino penoso,
 más con el peso
 de los años, ya muchos,
 que encima llevo.
 Si á mi espíritu nunca
 doblar pudieron,
 forzaron amplias brechas
 sobre mi cuerpo. ^(a)
 Por fin llegué á la cima,
 débil, maltrecho;
 las campanas amadas
 miré en su puesto;
 los bronces resonaron
 como en mis tiempos
 y sentí, por su encanto,
 vigor y aliento.
 Subí á los corredores,
 á cual más bellos,
 aunque tienen distinto

(a) Porque ya tengo reuma,
 tos y mareos.

soplo del genio;
con insaciables ojos
miré el inmenso
panorama asturiano
copia del cielo.
Cadenas de montañas,
picos y cerros
sobre cuyos abismos
salta el robeco;
erías y llanuras,
sotos y oteros;
los arroyos y ríos
siempre riendo;
y en colinas y valles,
vegas y cuetos,
cual bandos de palomas,
barrios y pueblos
cerca de carbayeras,
frondas y viescos,
mansión de ruiñeros
y de jilgueros.

Como yo crucé todos
los vericuetos
de esta tierra bendita
del Deva al Eo,
miro desde la torre
con mis recuerdos
comarcas y girones
de los concejos;
y voy, uno por uno,
poniendo en ellos
palacios, torres, ruinas,

puentes y templos,
 leyendas, tradiciones,
 cantares, cuentos
 de xanas, de los moros
 y de nuberos.
 Oh! patria idolatrada,
 rincón excelso!
 qué dicha haber nacido
 sobre tu suelo!

.
 Volví entonces los ojos
 al monumento.
 Ví las piedras saltadas,
 medio desechos
 cubos, basas y adornos
 entre maderos.
 Recorrí los andamios,
 me venció el vértigo
 y sentí penetrante
 frío del cierzo
 de la fresca mañana
 del mes de Enero.
 Me senté conmovido
 por doble duelo:
 por tristes remembranzas
 de mis recuerdos
 y por amargas dudas
 ante el incierto
 porvenir de la enferma
 torre de Oviedo.
 Me despedí afligido
 del aposento

que en infantiles días
fué mi recreo.

Bajé muy poco á poco,
como los viejos,
y, de contagio, á casa
ya llegué enfermo
con fiebre por la torre,
que está cayendo.

De piadosa esperanza
tuve remedio;
me infundió sueños gratos,
cobré sosiego,
y cual nuncios de calma
se aparecieron
á mi agitada mente
para consuelo
la Fe, Riqueza y Arte,
fuentes del éxito.

La Fe trajo efusiva
sus ardimientos;
la Riqueza un tesoro
todo repleto,
y el Arte ofreció el gusto
para el acierto.

A su amante conjuro
tomaron vuelo
de pereza dormidos
los sentimientos
del pasado glorioso
de todo un pueblo.

El cincel inspirado
facetó recio,

ceñido al imperioso
 canon severo
 de la historia y estilo
 sobre el modelo,
 traza, cortes y talla
 como lo viejo;
 nada de novedades
 ni de remiendos. ^(a)

De esta suerte la torre
 surgió de nuevo
 como la más hermosa
 del mundo entero.
 Tal la miré soñando
 pero ¿y despierto?...
 No querrá Dios se cumplan
 mis dulces sueños?

.

VII

Así cuando yo muera
 —que no está lejos—
 y me lleven camino
 del cementerio;
 cuando suba del «Aguila»
 por el repecho,
 mientras cantan los curas
 y charla el duelo,

(a) Ya lo dijo Vitrubio
 (vale su texto?):
 «la Pureza se empaña
 como el espejo.»

levantaré la tapa
 de mi feretro
 por lograr un resquicio,
 breve, pequeño,
 para mirar la torre
 con ojos yertos
 y con labios helados
 mandarla un beso.
 ¿Por mi novia de siempre
 puedo hacer menos?
 Después, cuando del «Bosque»
 torne el entierro,
 si pregunta la gente
 quién era el muerto,
 contesten mis amigos
 —pocos y buenos—
 los que no dejan solos
 pronto á los muertos:
 —«Era el astur cronista;
 murió ya viejo,
 mas siempre enamorado
 como un mancebo
 de la preciosa torre
 gentil de Oviedo.»
 Y dirá una rapaza
 marchando á Otero
 donde la espera un mozo
 que es su cortejo:
 —«Probe señor! lo mismo
 murió mi güelo;
 por «firme» que lu tenga
 Dios en su reino.»

Oviedo 3 Febrero 1911.





page, 80